

PRIMER DOMINGO DE ADVIENTO

Is 63, 16b-17.19b. 64, 2-7; Sal 80, 2-3.15-16.18-19; 1 Cor 1, 3-9; Mc 13, 33-37

Estamos iniciando con esta celebración el inicio del año litúrgico (ciclo B) que tienen como centro la reflexión sobre el evangelio de San Marcos. Al iniciar este tiempo de adviento la iglesia nos quiere preparar para la navidad. El adviento entonces significa, ante todo, espera gozosa de la venida del Señor Jesucristo. Podemos conectar fácilmente este tiempo con la realidad que se vive en las familias cuando se espera la visita de alguien que se ama y que quizás hace mucho tiempo no se ve.

El tiempo de la espera crea ansiedad porque hay que hacer muchos preparativos para la tan anhelada visita. Se hace todo lo necesario para crear un ambiente de limpieza en el hogar, se pinta, se sacude, se lava lo manchado, se sacan las cosas viejas se busca adornar el lugar donde se recibirá la persona para que se sienta bien acogido. Porque todo esa preparación externa, demuestra la ansiosa espera y la alegría que de ante mano las personas experimentan mientras llega la persona amada. En nuestras casas iluminamos con luces y se cambia la apariencia externa e interna de los hogares para manifestar que nos estamos preparando.

Eso mismo es lo que hacemos en el tiempo de adviento en nuestras iglesias, se cambia el color litúrgico al morado para significar el tiempo de preparación, se pone la corona de adviento que significa cada una de las semanas de la espera, se elimina el canto de gloria para también significar que aunque se está en vigilante espera, el himno volverá a resonar con la celebración litúrgica de la llegada del Señor, la navidad. Pero lo más importante es que todos esos signos litúrgicos y de cambio externo que se empieza a vislumbrar desde el adviento, es solamente el signo de una preparación profunda que estamos realizando en cada uno de nuestros corazones. Vamos a nuestro interior para ver de qué manera cambiamos actitudes, palabras y pensamientos que no son signos de la espera de Jesucristo, puesto que Él quiere encarnarse en nuestra vida y cada año nos renueva dicha invitación.

Las lecturas de la Palabra de Dios nos preparan a la venida del Señor: ya no en el seno de la Virgen María sino en nuestro corazón; ya no en el pesebre de Belén, sino en nuestra vida; ya no en la historia de la humanidad, sino en la historia cotidiana de cada una de nuestras vidas para convertirla en historia de salvación. Hoy podemos resumir el

mensaje esencial de la liturgia de la Palabra en tres actitudes fundamentales: *a) orando; b) perseverando; c) vigilando.*

Orando: La primera lectura del libro de Isaías la podemos contemplar desde el punto de vista histórico teológico, como una bella oración de parte del profeta que traduce los deseos del pueblo de Israel, quienes todavía con el recuerdo de la catástrofe del exilio en Babilonia (538 a.C), anhelan la esperanza de la mano poderosa de Dios que los restaurará como alfarero para hacernos una nueva vasija.

La oración es una virtud básica de todo cristiano, puesto que nos pone en conexión con nuestro creador, a la vez que nos recuerda los planes originales de salvación para con nosotros, que algunas veces olvidamos. Es la oración como el mejor antídoto contra el veneno del pecado que nos aparta de Dios o que nos alerta contra el constante peligro de caer en la rutina espiritual en nuestra vida, la cual socaba nuestros valores y elimina nuestros mejores deseos y proyectos de santidad. Estamos advocados muchas veces, por los afanes y preocupaciones de nuestra vida a caer en la indiferencia religiosa, la ambigüedad y confusión al respecto de los valores, las injusticias y la pérdida del sentido de eternidad y de trascendencia que le dan sentido a nuestra vida. Traducidas dichas actitudes en las Palabras del profeta: *“Somos como impuros todos nosotros, como paño inmundo todas nuestras obras justas. Caímos como la hoja todos nosotros, y nuestras culpas como el viento nos llevaron” (Is 64,5).*

No obstante, en este tiempo y a través de la oración constante es que podemos experimentar también las Palabras del profeta: *“Te haces enconradizo de quienes se alegran y practican justicia y recuerdan tus caminos” (Is 64, 4).* Y en este tiempo nuevamente la liturgia nos recuerda que Dios se nos hace enconradizo, a pesar de nuestros pecados, y que no podemos desaprovechar la oportunidad para encontrarnos con nuestro Hacedor y prepararle morada en nuestra vida. Solamente la oración nos enciende el fuego del amor de Dios en nuestros corazones y nos quita de nuestra vida la frialdad experimentada con el pecado. Como en el proceso de enamoramiento, el encuentro con el Señor en la oración experimentamos la cálida y dulce presencia de quién ya no puede vivir sin el ser amado y cada minuto adquiere doble sentido con su cercanía. Con Dios es la experiencia de percibirlo saliendo al encuentro de quien lo busca con sincero corazón.

Perseverando: Esencialmente la invitación a la perseverancia se nos hace en toda la liturgia del comienzo de adviento, ya que unida esta virtud a las dos que le enmarcan, orando y vigilando. En el camino de nuestra vida necesitamos perseverar, o en palabras más comunes, necesitamos *aguante*.

Ya nos anticipa el apóstol San Pablo como en otrora se lo decía a los corintios: “*Así, ya no nos falta ningún don de la Gracia a los que esperan en Nuestro Señor Jesucristo. Él los confirmará hasta el fin irreprehensibles en el día de Nuestro Señor Jesucristo*” (1 Cor 1,7). Lo que sucede es que a veces desconfiamos de Dios y en medio de las pruebas no ponemos en marcha aquellas gracias de las que San Pablo nos habla y como consecuencia nos sentimos débiles y desfallecemos ante el mal y el dolor.

Es maravilloso pensar en este tiempo lo que San Pablo nos dice porque al limpiar nuestro hogar para la espera del Señor que viene, tal vez necesitamos desempolvar los dones que hemos olvidado a lo largo del año para nuevamente ponerlos a disposición cuando enfrentamos la prueba. “*No nos falta ningún don de la gracia a los que esperan*”. Y pensar que a veces sucumbimos de manera cobarde a la menor tentación o prueba. Quizás el mundo y su pensamiento de poco sacrificio, junto con la ley del menor esfuerzo, nos hacen sentir débiles; por ello es urgentemente necesario volvernos al Señor para ser perseverantes, para aguantar las pruebas de la vida, para no salir corriendo ante la menor dificultad que se nos presente tras otras falsas alternativas.

Con cierta regularidad he escuchado un refrán con el que no estoy muy de acuerdo: “*es mejor decir que aquí corrió un cobarde, que decir, aquí murió un valiente*”; pero como ya lo decía es parte de la mentalidad facilista y cómoda que el mundo nos presenta, pero para nosotros los cristianos, perseverar en el bien, hasta el fin, hasta desgastarnos, hasta el sacrificio, es lo que le da sentido a nuestra vida, ya que nuestra meta no se queda atorada en la visión miope del mundo y sus placeres sino que se remonta hasta después de las nubes para vislumbrar el Reino que Dios tiene preparado para los que le aman “*Ningún ojo vio, ni ningún oído oyó, ni mente humana concibió, lo que preparó Dios para los que le aman*” (1 Cor 2,9).

Vigilando: En los cinco versículos del evangelio de San Marcos que hoy hemos escuchado se nos repite tres veces como imperativo ¡Vigilen! Es el culmen del ministerio de Jesús en Jerusalén (Cap. 11-13), cuando está cercano el tiempo de su entrega en la cruz; por consiguiente es uno de sus últimos consejos a nosotros, sus

discípulos de todos los tiempos. Más significativo aun cuando en nuestra reflexión nos hemos referido a los preparativos de espera en nuestra casa (familia), casa (Iglesia), casa (corazón). Porque a nuestra casa llegará el Señor, en el momento menos pensado para pedirnos cuentas de lo que nos encomendó.

En este tiempo me da por pensar con gozosa esperanza de que muchos fueron nuestros hermanos que el año pasado estaban escuchando estas Palabras o quizás tuvieron la oportunidad de escucharlas pero por el afán de las cosas del mundo, sus trabajos y preocupaciones no tuvieron tiempo para Dios. No obstante el Señor vino a sus vidas, en tiempos diversos; al atardecer, a media noche, al canto del gallo o al amanecer ¡Sólo Dios y ellos sabían si estaban preparados!

Yo sé que dichas palabras suenan para algunos quizás un poco tenebrosas, pero sinceramente lo que buscan es que cada uno de nosotros creamos conciencia de que éste puede ser el último adviento de nuestra vida. Porque yo creo que el principio de la sabiduría es vivir cada día como si fuera nuestro último día. Sobre una hipótesis posible valdría la pena preguntarnos ¿Cómo viviría este día si supiera que es el último que tengo en mi vida?

Esa pregunta se la hizo un día San Juan Bosco (*1815 +1888), a un niño llamado Domingo Sabio, que luego también fue canonizado, y que jugaba alegre y despreocupado con varios de sus amigos: *¿Qué harías si te dijeran que te queda una hora de vida?* Y el niño respondió: *“Yo seguiría jugando”*. Esta sería la respuesta correcta de un buen cristiano que vive preparado y ante tantas falsas voces de falsos profetas que dicen momento y hasta hora en la que va a venir el Señor. Jesús nos envió por el mundo para ser testigos de su Palabra y en una espera vigilante y gozosa, vivamos plenamente cada día. Cuando llegue el momento no quiere encontrarnos ni asustados, ni temerosos, ni dormidos; solamente como el mismo San Pablo nos lo dice en la carta a los Filipenses: *“Cristo será glorificado en mi cuerpo, por mi vida o por mi muerte, pues para mí la vida es Cristo y la muerte una ganancia”* (Filp 1, 20b-21).